

EL ATAQUE DE LI MA-HONG A MANILA

En los últimos días del mes de noviembre de 1574, la ciudad de Manila, recientemente fundada, vivía unas horas trágicas: un temible pirata chino, Li Ma-hong, atacaba a la colonia con sus más escogidas tropas, superiores en número y armamento a los escasos defensores de la plaza. La furiosa defensa española logró conjurar el peligro, a costa de cuantiosas pérdidas. Pero la dolorosa experiencia abría la puerta a dos hechos de gran trascendencia; por una parte, suponía el primer enfrentamiento entre soldados chinos y castellanos; por otra, permitía el envío al continente de una embajada con amplios poderes para negociar acuerdos comerciales.

Por ambas razones, creemos interesante recordar aquellos acontecimientos. Son muchas las relaciones que poseemos sobre el particular, pero de entre ellas destacan la carta del gobernador Francisco de Sande a Su Majestad, fechada en Manila a 7 de junio de 1576¹; la Relación del viaje de fray Martín de Rada, recogida en la obra de Juan González de Mendoza²; y la Relación de Miguel de Lúcar³.

* * *

La segunda mitad del siglo XVI, cuando ya la dinastía Ming se encuentra en franca decadencia, conoce un nuevo momento de apogeo de la piratería y el bandidaje. Ha sido una de las más constantes plagas de China, difícilmente refrenada por los gobiernos más enérgicos, y a la que ayudan la extensión del país y la esperanza de dominar su suelo.

El más famoso de todos ellos fue Li Ma-hong, que llegó a tener en jaque al ejército y a la armada imperiales. Según Martín de Rada había nacido en la ciudad de Trucheo (Tiuchiu), provincia de Cuytam (Kuangtung), hijo de una familia acomodada. Su carácter belicoso le impulsó a hacerse capitán de una partida de bandoleros, y muy en breve fueron tan famosas sus correrías que el propio Emperador hubo de ocuparse del problema, ordenando al virrey de la provincia la captura de Li Ma-hong, y mejor aún su muerte. Las medidas adoptadas por el gobierno provincial no

¹ Archivo General de Indias, Filipinas 6, ramo 2.

² *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del Gran Reino de la China*, segunda parte, libro 1.º, capítulos 2 a 8.

³ Archivo General de Indias, Filipinas, ramo 1, número 11.

dieron resultado, pues el bandido ya dió entonces pruebas de una sorprendente movilidad, cubriendo en pocas horas una larga distancia, y apoderándose por sorpresa de una ciudad costera (cuyo nombre desconocemos). Este hecho había de cambiar el rumbo de su actuación, convirtiéndolo en señor absoluto del mar de la China meridional.

Li Ma-hong se sumó a la armada de otro famoso pirata, Tia-yao, quien al morir le nombró sucesor y le legó sus seis navios, dotados de magnífico armamento. Ma-hong atacó la costa en repetidas ocasiones, llegando a reunir más de cuarenta embarcaciones y un aguerrido ejército cuya fuerza de choque la formaban japoneses. Estableció entonces su cuartel general en la isla de Pe-hou (posiblemente Peng-hu, en el archipiélago de los Pescadores), desde donde prosiguió sus correrías por la costa, derrotando a varias flotillas enviadas contra él por el Emperador. Un combate decisivo contra otro corsario, llamado por Rada Vintoquian, le hizo rey de los mares. Fue entonces cuando el virrey de Fukien aprestó una poderosa armada de 130 bajeles con 40.000 soldados, a cuyo frente iba Omoncon (al que más tarde veremos en relación con los españoles), quien derrotó al temible pirata, aunque sin mermar sus efectivos. Li Ma-hong se retiró "a una isla secreta llamada Tonzuataotican, cuarenta leguas de la tierra firme, en el mismo camino por donde se va a las islas Filipinas" (Rada).

Desde este su retiro, organizaba pequeñas correrías por las inmediaciones, en una de las cuales capturó un navio que regresaba de Manila a Chincheo. Entre el cargamento halló cierta cantidad de oro, y muchos reales de a cuatro mejicanos. Los comerciantes, para salvar su vida, le informaron de la existencia de la colonia española: según un piloto, "los españoles vivían dormidos, descuidados, y andaban repartidos por muchas partes" (Sande). La noticia era exacta. Por aquel entonces, Guido de Lavezaris, gobernador de Cebú, y encargado en interinidad del mando de las islas por fallecimiento de Legazpi, había encomendado a Martín de Goiti la visita de las provincias del norte de Luzón (diciembre de 1572); al año siguiente, confiaba a Juan de Salcedo la colonización de Camarines, hacia donde partió el bravo capitán, en julio de 1573, con 18 embarcaciones, 120 españoles y muchos auxiliares indios. Como premio a sus valiosos servicios, Salcedo recibió la encomienda de Ilocos, donde se estableció en 1574, fundando una villa a la que denominó Fernandina. Además una galera había partido para Mindanao, por lo que, a decir de los chinos, sólo quedaban en la ciudad de Manila "viejos e impedidos... y así no habría con quien pelear" (Sande).

Guiado por estas buenas informaciones, Li Ma-hong se hizo a la vela. Ya en el camino, al amanecer, halló una galeota caste-

llana, con 22 hombres (Sande señaló en un principio que sus tripulantes eran 30; pero tras compulsar diversas opiniones, rebajó la cifra). Dicho barco había sido enviado por Lavezaris a Juan de Salcedo, con orden de que le facilitase los bastimentos necesarios a fin de realizar la exploración de la provincia de Cagayan.

Dirigíase, pues, la embarcación desde Vigan (Fernandina) hasta una localidad cercana, cuando se encontró con la armada del corsario. Li Ma-hong echó al mar gran cantidad de esquifes, que rodearon a la galeota. Iba ésta mal equipada, con un sólo cañón en buen funcionamiento: se trataba de un falcón de bronce de catorce quintales al que los españoles llamaban el *Vigilantibus*. Los españoles se defendieron con bravura, disparando cinco veces el falcón, según dijeron los naturales, que desde la costa contemplaban la escaramuza; contenido el primer asalto, Li Ma-hong lanzó contra el navío a sus sesenta y dos barcos, que en breve tiempo quemaron la galera. Los castellanos se arrojaron al mar, donde perecieron. Los pocos que lograron alcanzar la costa, hallaron la muerte a manos de los salvajes naturales. Li Ma-hong capturó el *Vigilantibus*, lo que, a decir de Sande, "fue la mayor pérdida".

Desde tierra contemplaba el paso de los corsarios un sargento de Juan de Salcedo llamado Saavedra. A toda prisa, envió un mensaje a Juan de Salcedo, que estaba en Vigan con cien hombres; el propio capitán vió a los piratas. En este punto, el relato de Sande muestra pocas simpatías hacia el magnífico soldado, al que acusa veladamente de cierta lentitud, pues afirma que "envió dende a dos días un virey a dar aviso a Manila lo que allá pasaba". Era el virey una pequeña embarcación de las que usan los naturales, "tiene muy poco sustento y siempre navega junto a tierra" (Sande).

Los corsarios descubrieron al virey y le prepararon una emboscada. Parece ser que la marcha de Li Ma-hong no era muy rápida, pues permitía que en dos días le alcanzase un pequeño barquichuelo. Se apostaron, pues, tras una punta por cuya ensenada bogaba el virey, quien allí mismo se vió cercado por varios barcos piratas. Los españoles se vieron obligados a desembarcar, buscando refugio en los montes, en tanto que los chinos, considerando tal vez zanjado el asunto, desbarataron el virey, sin deshacerlo del todo, por lo cual la pequeña tripulación pudo reemprender la marcha, aunque con mucha cautela. Llegaban a Manila "un día después de San Andrés, medio día ya que el corsario había dado el primer asalto" (Sande). Por milagro se tuvo en Manila la salvación de estos audaces castellanos, ya que al tomar

tierra durante el ataque chino, lo hicieron en suelo de zambales, los naturales más salvajes y crueles de todo Luzón.

Salcedo, por su parte, juntó 54 soldados, con los que partió aceleradamente hacia la capital. Ciertamente su llegada fue tardía, pero aún así salvó a Manila de la total destrucción. Como bien señala Rada, los navíos que llevaban eran pequeños, y la gente de remo poca y no escogida, aparte de que habían de bajar a tierra repetidas veces para conseguir provisiones.

La víspera del día de San Andrés de 1574, Li Ma-hong llegaba a la ensenada de la ciudad de Manila. Era su intento desembarcar a pesar de ser de noche, para atacar a Manila con las primeras luces del alba. Destacó a 400 hombres, —casi todos ellos japoneses—, con capitanes escogidos, ordenándoles que incendiasen la ciudad y diesen muerte a todos sus moradores. Una vez más la fortuna se puso de parte de los españoles, pues aquella noche soplaban un fuerte terral, que impidió el desembarco.

Ante tal contratiempo, los piratas se alejaron una legua de la ciudad, ya a las ocho de la mañana. En Parañaque tomaron tierra 600 hombres, a cuyo frente iba un japonés, Sioco, lugarteniente de Li Ma-hong. El desembarco se realizó con mucho orden y rapidez, si consideramos que, según Sande, entre las nueve y las diez de la mañana se hallaban los piratas en las afueras de la ciudad, tras de haber recorrido media legua por el incómodo suelo de la playa.

Componían la fuerza de asalto 200 arcabuceros en perfecto orden, tras de los cuales marchaban otros doscientos piqueros, (Rada). El número de estos últimos, sin embargo, debía de ser mayor, como señala Sande. Llevaban escaupiles, “que son sayos bastados con algodón muy fuertes, y en las cabezas sombreros fuertes de cañas que sirven de morriones, y alfanjes ceñidos y algunos puñales, y todos ellos descalzos. La orden de guerra suya era escuadrón formado de armas enastadas y entre ellos arcabucería, y alguna arcabucería salía delante como manga. Traían cada diez uno que traía una banderita cosida a las espaldas y que salía dos palmos más alta que la cabeza, y otras banderillas mayores, y a lo que parece venía allí persona principal que hacía oficio de maese de campo, y éstos hicieron el primer asalto” (Sande).

El avance se realizó por la playa, con las picas vueltas hacia el suelo y arrastradas por la arena, sin duda para que el sol no delatase su presencia. Eludieron el río, donde presumiblemente habría pescadores que hubieran podido dar la alarma.

La alarma, sin embargo, se dió. Algunos españoles entraron en Manila gritando “¡Arma, arma, que vienen enemigos!”, pero no

se les hizo caso, pensando que el alboroto procedía de los propios naturales, a los que no se temía, o, en el peor de los casos, una burla de muy mal gusto.

Sin dificultad llegaron los piratas a las afueras de Manila. La primera casa que encontraron fue la del Maestre de Campo Martín de Goiti, que se encontraba en la cama, enfermo. Aquéllos que daban voces de alarma le dijeron que el rey de Borneo venía sobre la ciudad; pero Martín de Goiti lo juzgó imposible, porque era tiempo de brisas, lo que hacía difícil la navegación desde Borneo, que está al sudeste, por lo cual los barcos traerían el viento de proa. El Maestre se rió de ellos, diciendo que estaban borrachos, sin pensar que los enemigos podían proceder de otra parte. Aquella osadía de Goiti salvó a Manila. En efecto, cuando los chinos atacaban su casa, el Maestre se mandó vestir, y él, armado tan sólo con una espada, juntamente con sus criados, les hizo frente con tal denuedo, que los corsarios se detuvieron un momento para incendiar la casa. Relata Sande cómo la propia mujer de Goiti se asomó a una ventana, diciendo con grandes voces: “¡Perrros, a todos os he de hacer morir!”, y llamándolos con la mano.

Llevaban los chinos un espía (posiblemente un mercader habitual en la contratación de Manila) como guía, y él les conducía a las casas reales, que se hallaban en “el cabo de la punta que hacen la mar y el río, y estaban sin ninguna defensa, y la gente de la ciudad cada uno en su casa, y la artillería desencabalgada y tendida en el suelo por el campo” (Sande). Pero aquel guía informó a los chinos del alto cargo que ocupaba Goiti, por lo cual los corsarios volvieron sobre sus pasos para atacar la casa, sobre la cual arrojaron muchas bombas de fuego, incendiándola con facilidad por ser construcción de paja y madera. A Goiti le hirieron en un brazo con un disparo de arcabuz, hasta que, forzado por el humo y las llamas, se arrojó por una ventana, cayendo muerto a cuchilladas de alfanje y a golpes de pica. A su esposa quisieron arrancarle una gargantilla, para lo cual le dieron una cuchillada en el cuello; malherida, pudo escapar y esconderse entre las hierbas que eran muy altas. Las bajas españolas que hubo en este primer encuentro fueron cinco o seis personas (entre ellas una mujer); pero se había detenido por unos momentos el avance, con lo cual pudo ponerse sobre aviso la ciudad y preparar los primeros pasos necesarios para la defensa.

Una vez incendiada la casa de Goiti, los chinos reemprendieron la marcha, buscando nuevamente el camino de la playa. Esta tardanza perjudicó sus intentos, y salvó a Manila. Dos capitanes, —Alonso de Velázquez, y Chacón—, con unos cuantos soldados disponibles, se apostaron en las encrucijadas de las casas que caían sobre la calle de la playa, y así que vieron las primeras líneas,

descargaron sus arcabuces, consiguiendo dar muerte a unos ochenta chinos. Sorprendidos los corsarios con esta inesperada defensa, que no entraba en sus cálculos, regresaron a sus barcos, para pedir consejo a Li Ma-hong. Ya en este momento habían muerto trece o catorce españoles. La guarnición, muy escasa, quedaba así reducida aunque disponía de unos momentos de respiro. Con buen acierto no persiguieron a los corsarios, por temor a que, al ver la reducida fuerza que les hacía frente, se revolvieran, atacándoles en campo abierto.

Sorprendió a los españoles el buen orden y silencio que guardaban los chinos. Los heridos caían al suelo sin exhalar una queja, y en todo el combate no profirieron una sola palabra.

La mayor parte de las bajas españolas se habían producido por imprudencia, pues, como escribe Sande, "con el arcabuz, y por hacer un buen tiro, se llegaban cerca, y aunque lo hiciesen, cargaban sobre él tantas armas enastadas que lo derribaban".

Li Ma-hong, entretanto, había observado el fuego y escuchado las descargas de arcabucería, por lo cual, y considerando terminado el negocio, se encaminó al puerto de Cavite. Allí se reunieron con él sus hombres, quienes le informaron del valor de los *castillas*.

Un comerciante chino, llamado Sansay, explicó entonces a Guido de Lavezaris quién era su enemigo, la fuerza que tenía, y cómo no venía por orden del emperador. Recomendó una rápida fortificación, pues era seguro un nuevo ataque. Era muy conveniente para ello quitar la paja de todos los techos, y especialmente de las casas reales, pues así se podría conjurar el incendio general. Así se hizo.

Li Ma-hong, en un acceso de furor, castigó a los capitanes por el mal servicio que le habían hecho, y a continuación mandó repartir una paga entre los soldados, y les prometió un rico botín, concediéndoles un día de descanso.

En la ciudad, entretanto, se emprendió la fortificación con febril actividad. Se hizo una empalizada, muy débil, en verdad, con tablas y pipas llenas de arena. Al día siguiente, miércoles 1 de diciembre, llegaron los tres hombres que había enviado Juan de Salcedo. El propio capitán arribó a Manila en las primeras horas de la noche, pasando por la bahía a vista de la armada china. Su llegada infundió nuevos ánimos a la población.

Antes del alba Li Ma-hong se acercó a la ciudad, colocando toda su flota desplegada en forma de media luna en la bahía. Hizo tres salvas con toda la artillería de los navíos, y poco después de amanecer arrojó al agua todos los esquifes, desembar-

cando la tropa muy cerca de la casa de Martín de Goiti, que habían incendiado dos días antes. Desembarcó él mismo, aunque no tomó parte en el asalto.

Componían la fuerza, en aquel momento, unos mil hombres, a los que el pirata distribuyó en tres cuerpos: uno atacó por la calle principal de la ciudad; otro se dirigió por la playa y el tercero por la banda del río.

Como después se supo, fue gran error no impedirles el desembarco, ya que junto a la playa había hierbas muy altas, en las cuales hubiera sido fácil tender una emboscada y aún matar a Li Ma-hong.

Los chinos centraron su acometida sobre el fuerte que habían levantado los españoles, a donde se dirigieron por dos lados: por la parte del río le resistieron haciéndole algunas bajas; por la banda del mar había correspondido la defensa del fuerte al alférez Sancho Ortiz de Agurto, el cual salió fuera del puesto a ver por donde se acercaban los chinos. Llevando una alabarda, se enfrentó a un chino armado con pica. La longitud superior de este arma motivó que fuese herido, y al retirarse, fue alcanzado por un disparo de arcabuz. Así, al menos, se pensó, porque en el pecho mostraba el orificio de salida de la bala. También se dijo que fueron sus compañeros los que le dieron muerte, al disparar sobre las cerradas filas de los piratas.

Los chinos asaltaron el fuerte por el lugar que había dejado desguarnecido el alférez; entraron 80 hombres, y hubieran podido entrar más, de haber mostrado idéntico arrojo. Los españoles les atacaron, acabando con todos. Influyó en este éxito la heroica resistencia que en todas partes ofrecían los españoles, por lo que, poco a poco, hubieron de ceder los chinos.

Ardian, entre tanto, la iglesia de la ciudad, la del convento de San Agustín, y dos embarcaciones varadas en el río. Una de ellas era la galera que estaba dispuesta para ir a Mindanao.

Resulta incomprensible la desproporción de las bajas; tres españoles muertos, y algunos heridos, frente a más de doscientos chinos. Ya en los últimos momentos del ataque arrojaron una bomba de fuego sobre un polvorín, con cuyo suceso murieron otros dos hombres.

Li Ma-hong, que había seguido el combate sentado en un trono, intentó evitar la retirada; pero finalmente hubo de embarcar y acogerse a la seguridad que le ofrecía el puerto de Cavite. Los castellanos quisieron impedirle la huida pero Li Ma-hong echó mano a una añagaza, que a pesar de su ingenuidad, contuvo a los españoles. En efecto, arrojó al agua algunos esquifes, como si quisiese atacar la ciudad aguas arriba del río. De esta forma pudo embarcar con toda tranquilidad.

Aquello había sido un escarmiento muy fuerte para los piratas. Al día siguiente Li Ma-hong levó anclas y se retiró a Pangasinan, donde ordenó construir una ciudad. Allí, según parece, se hacía adorar de los suyos, como si fuera un dios.

Rodeaba la ciudad una muralla muy alta de palmas, y el contrafuerte que rodeaba su casa era de tablazón. Todo ello, así como la comida, se la facilitaban los naturales, pues había capturado a alguna gente principal, y amenazaba con matarles si no le servían y ayudaban.

Pero la proximidad del corsario (40 leguas de distancia separaban su nuevo emplazamiento de Manila) no era tranquilizadora para los españoles. Corría por todas partes el rumor de que todos los españoles habían muerto, por lo que era presumible un alzamiento de los indígenas. Entendido todo ello por Lavezaris y los notables de Manila, acordaron ir en su persecución, para atacarle en la misma forma en que él lo había hecho. Comisionóse para ello al arrojado Juan de Salcedo, investido con el cargo de Maestre del Campo, que estaba vacante por muerte de Martín de Goiti.

Salcedo reunió a todos los españoles de la comarca, y aún a los de las islas Pintadas: un ejército de 250 españoles y 2500 indios amigos. Embarcados en dos fragatas, y en navíos pequeños, partieron de Manila el 23 de marzo de 1575, llegando al río de Pangasinan el miércoles santo siguiente al amanecer. Llevaban cuatro piezas de artillería.

El Maestre ordenó cerrar la boca del río con los barcos encadenados, y envió exploradores, quienes volvieron con la buena noticia de que el corsario estaba descuidado, por saber que los españoles estaban sin embarcaciones, ya que todas habían sido destruidas durante el asalto a Manila.

El ataque se planeó de la siguiente forma: el capitán Gabriel de la Ribera iría por tierra hasta las proximidades del fuerte; Pedro de Chaves y Lorenzo de Chacón, con cuarenta soldados, remontarían el río en embarcaciones ligeras. Todos a una efectuarían el asalto.

Aquel primer choque fue favorable a los españoles: la armada china fue incendiada, y los soldados del capitán Ribera lograron entrar en la empalizada, dando muerte a más de cien chinos y capturando a más de setenta mujeres. Li Ma-hong se retiró al fuerte, mientras algunos de sus hombres entablaban escaramuzas con los españoles, aunque con poco efecto, pues se hallaban cansados del trabajo de aquel día, y por otra parte, el calor era insostenible. Las bajas del bando español fueron cinco castellanos y treinta indios amigos.

Al día siguiente, Salcedo ordenó el ataque, pero pudo comprobar que el pirata se había fortificado muy bien. La situación era ahora la inversa de la que cuatro meses antes se había ofrecido en Manila. El entonces asaltante era ahora cercado y a toda prisa organizaba la defensa; pero la fortuna parecía inclinarse del lado de los españoles. Li Ma-hong no tenía barcos ni, aparentemente, medios con qué construirlos. Juan de Salcedo celebró consejo con sus capitanes, y todos acordaron establecer un asedio capaz de dominar a los corsarios por hambre. Así se realizó hasta que los acontecimientos vinieron a demostrar que la astucia de Li Ma-hong era muy superior a los medios combativos de los castellanos.

Mientras tales cosas sucedían en Pangasinan, desde Manila enviaban algunos barcos con mantenimientos para los españoles. Uno de éstos, en el que iban fray Martín de Rada y Miguel de Luarca, abordó cerca del puerto de Buliano a un navío de sangleyes, al que atacó creyendo que se trataba de corsarios. Súpose que en el navío viajaba Omoncón, comisionado del Emperador para capturar a Li Ma-hong. El capitán chino se alegró grandemente con las buenas nuevas del cerco de los piratas, que prometía un feliz desenlace. Se entrevistó con Salcedo en Pangasinan, marchando después a Manila, donde fue muy bien recibido por el gobernador interino.

Era éste el momento esperado por los españoles para llevar a cabo uno de sus mayores deseos: la entrada en China. Lavezaris prometió al capitán Omoncón la entrega del pirata, vivo o muerto, pues su fuga se consideraba imposible (Rada dice que no podía escapar "si no tomase alas como ave"). Omoncón ofreció la coyuntura favorable, comprometiéndose a llevar él mismo a algunos religiosos y soldados, y dejando algunos rehenes como garantía de que a los expedicionarios no se les haría ningún mal.

Ya sabemos que para esta expedición fueron elegidos Rada, Marin, Luarca y Sarmiento. En otro lugar estudiaremos la embajada, que tantos puntos interesantes ofrece.

Ahora volvamos al asedio. Se prolongaba ya por casi tres meses, tiempo muy superior al que hacían pensar los precarios medios de que disponían los piratas. Pero Li Ma-hong no era hombre que se dejase arredrar fácilmente. Los españoles ponían toda su vigilancia en la boca del río y en la parte de tierra, para evitar que por aquella parte les llegase algún auxilio a los corsarios, y por ésta pudiesen escapar. Fue precisamente por la parte del río, más desatendida por los hombres de Salcedo, por donde Li Ma-hong alcanzó la fuga. Con la tablazón sobrante de sus navíos destruidos, mandó construir otros barcos, pues entre sus tropas

había algunos maestros en este oficio. Por la noche, al amparo de la oscuridad, recogían las maderas, y durante el día trabajaban dentro del fuerte. Una vez acabada la obra, embarcó a sus tropas y escapó, según parece abriendo un canal nuevo en el río.

La fuga, en efecto, ofrecía dudas. Era imposible, según Omoncón, que Li Ma-hong pudiese escapar, ni aún estando dormidos los españoles. ¿Habían mediado dádivas a Juan de Salcedo? No es posible creerlo, dada la honradez del Maestre de Campo. Pero, sea como fuere, aquel inesperado desenlace perjudicó notoriamente a los expedicionarios de la misión de Rada.

Llególes la noticia a Rada y sus compañeros cuando se disponían a ir a la isla de Tacao para comprar bastimentos. Unos pescadores les dijeron que hacía ya cosa de un mes que Li Ma-hong (o Limhon, como dicen los textos españoles) se encontraba en el mismo río a donde se dirigía Rada. Súpose así cómo había escapado de Pangasinan con 37 navíos, "el uno de ellos donde él venía, grande, y bien aparejado; y dos menores; y 34 pequeños todos mal aderezados, y que estaban algunos de los navíos pequeños cortando cañas en Parrahoan para hacer velas". La noticia alteró a los españoles. Omoncón y el capitán Siaoya pensaron, con razón, en la complicidad de los españoles, y si bien el primero propuso atacar al pirata, ya que los españoles poseían barcos mayores y más fuertes, negóse Siaoya por considerar que sus hombres no eran aptos para un combate tan peligroso. La situación empeoraba por momentos, pues los chinos opinaban que el crecido número de la flota de Li Ma-hong era la mejor demostración de una convivencia con los españoles. Y así, Rada y Lúcarca decidieron regresar a las islas: el 11 de octubre abandonaban Pihou a media noche...

Se cerraba así un capítulo iniciado con tan buenos auspicios. Si se hubiese efectuado la captura de Li Ma-hong, los españoles habrían encontrado abiertas las puertas del Imperio. Errores tácticos, o más posiblemente el exceso de confianza, hicieron el resto. En cuanto al temible pirata, ya nunca más supuso un grave peligro para las costas de China: a pesar de su novelesca fuga, el encuentro con los españoles había mermado considerablemente sus efectivos. Pero lo que había sido un triunfo militar capaz de demostrar a los españoles su superioridad sobre las armas chinas, no fue acompañado por aquel otro triunfo que, a la larga, hubiera reportado grandes beneficios: el éxito diplomático, quebrado en el último instante por la audacia de unos piratas y tal vez, ¡quien sabe! por la complicidad de los españoles.